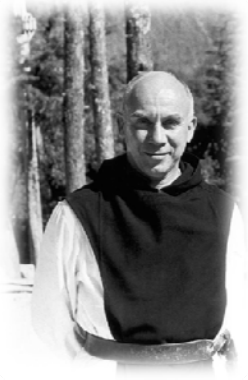
Texto de apoyo

El misterio de Adviento es un misterio de vaciamiento, de pobreza, de limitación. Debe ser así. De otro modo no podría ser un misterio de esperanza.



El misterio de Adviento es un misterio de comienzo: pero también es el misterio de un fin. La plenitud del tiempo es el final de todo lo que todavía estaba incompleto, todo lo que todavía era parcial. Es el cumplimiento en unidad de todo lo que era fragmentario.

El misterio de Adviento en nuestras vidas es el comienzo del fin de todo lo que en nosotros no es todavía Cristo. Es el comienzo del fin de la irrealidad. Y eso, sin duda, es motivo de alegría.

Pero por desgracia nos aferramos a nuestra irrealidad, preferimos la parte al todo, continuamos siendo fragmentos, no queremos ser "un solo hombre en Cristo".

El Cuerpo de Adán ("hombre"), que debería ser el Cuerpo del Amor de Dios, está desgarrado de odio. El Cuerpo de Adán, que debería estar transfigurado de luz, es un cuerpo de oscuridad y mentira. Lo que debería ser Uno en amor está dividido en millones de hostilidades frenéticas y asesinas. Pero sigue en pie el hecho: Cristo, el Rey de la Paz, ha venido al mundo y lo ha salvado. Ha salvado al Hombre, ha establecido Su Reino, y Su Reino es el reino de la Paz.

Adviento, para nosotros, significa aceptación de ese comienzo totalmente nuevo. Significa una disposición para hacer que la eternidad y el tiempo se encuentren no sólo en Cristo sino en nosotros, en el Hombre, en nuestra vida, en nuestro mundo, en nuestro tiempo. Si hemos de entrar en el comienzo de lo nuevo, debemos aceptar la muerte de lo viejo. El comienzo, pues, es el fin. Hemos de aceptar el fin, antes de poder empezar. O más bien, para ser más fieles a la complejidad de la vida, hemos de aceptar el final en el comienzo, ambos juntos. (Thomas Merton)

El tiempo de adviento nos pregunta por nuestros horizontes,
por la dirección de nuestros pasos y a la vez
nos invita a contemplar la dirección de los pasos de Dios
que ha querido compartir nuestro camino para hacerlo suyo,
para envolverlo con su vida ofreciéndole así un hogar de plenitud.

Tiempo de adviento

(Meditación sobre una imagen)

a. Ponte en presencia del Señor. Cierra los ojos, respira tres o cuatro veces profunda y lentamente y luego repite *Aquí estoy, ante ti*, al ritmo de la respiración.

b. Luego pide la luz de su Espíritu para meditar a su sombra la imagen. Puedes seguir las indicaciones que te ofrecemos.

c. Cuando termines dirige al Señor una pequeña oración de acción de gracias o de súplica desde lo que el Espíritu te haya sugerido en tu oración.

Yo soy el alfa y la Omega, el principio y el fin.
Al que tenga sed, le daré a beber gratis el agua de la vida.
El vencedor recibirá esta herencia,
pues yo seré su Dios y él será mi hijo (Ap 21, 6-7)

Por unos momentos contempla la imagen
y deja que suscite en tu interior
preguntas, afirmaciones, reflexiones…

Ahora intenta dialogar con el Señor a partir de la imagen mezclando, según sus sugerencias, tu vida y la de los que te rodean con ella.

Sigue estas preguntas. Importante no te pongas trágico, medita con calma viendo las riquezas y las pobrezas que te sugiera.

Una a una, sin correr, lo importante es el diálogo con Dios las sugerencias que el ponga en tu corazón.

¿Hacia dónde vas?

¿Qué te falta? ¿Sientes algún vacío?

¿Cuál es tu equipaje?

¿Dónde tienes apoyados los pies?

¿Cuál es el motivo de tu esperanza?

¿Quién te acompaña?

¿Cuál es el puesto de Cristo en todo esto?

****